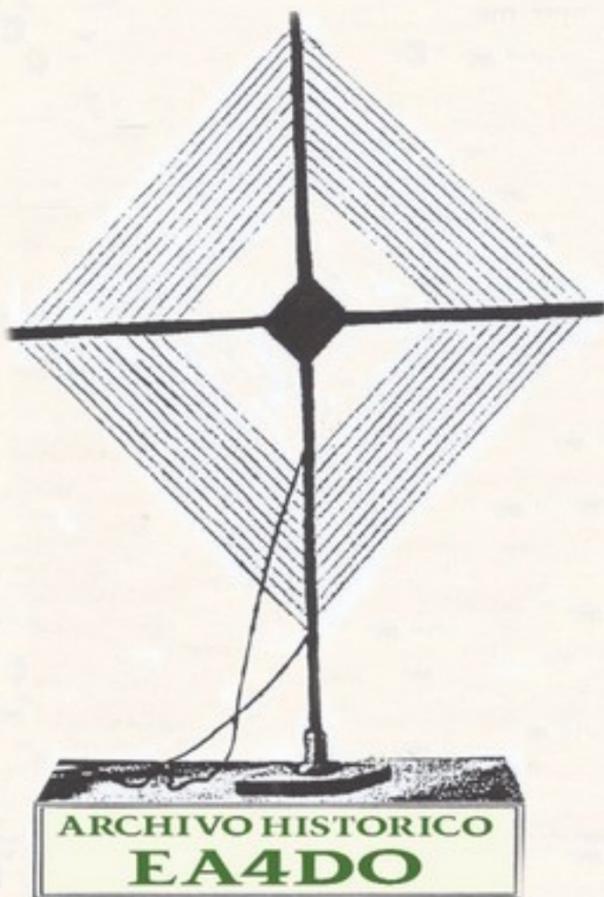




UNION RADIOAFICIONADOS ESPAÑOLES

MERCA-RADIO 84: La gran aventura



¿ERES SOCIO DE URE?
Astec, S. A., te regala este equipo

CONCURSOS:

- Combinado de V-U-SHF (mayo 5-6) (4)
- 3.º Castilla de España (mayo 12-13) (3)
- ITU Fonia (mayo 12-13) (4)
- Denia Ciudad del Buen Clima (mayo 12-13) (4)
- CQM Contest (mayo 12-13) (4)
- Alessandro Volta RTTY DX (mayo 12-13) (4)
- Paz al mundo (mayo 12-13) (4)
- ITU CW (mayo 19-20) (4)
- CQWW WPX CW (mayo 26-27) (4)



MAYO 84



LA RADIO DE DON LEANDRO

Con mi más profundo sentimiento de respeto y admiración a todos los EAR's que están con nosotros y a los que, desde más allá del tiempo, nos siguen mostrando el camino con su ejemplo y su entrañable recuerdo.

Las cosas han cambiado tanto en el mundo de la radioafición que, aún sin remontarnos a la época de los emisores de chispa, resulta difícil encontrar claro parentesco entre el sucinto y eficiente transceptor de transistores y aquellas gigantescas instalaciones que ocupaban toda la superficie de una mesa con sus lamparones, sus bobinas de tubo de cobre y los enormes condensadores de artesanía.

El radioaficionado de entonces era, en el

fondo, un físico frustrado, que con unos conocimientos bien cimentados de electricidad y electrónica se introducía de puntillas en un mundo casi místico, reservado para iniciados y soñadores. A base de estudio y sacrificio conseguía manejar una técnica que le permitía adentrarse en las leyes de la naturaleza, ampliar el horizonte de sus conocimientos y relaciones y, sobre todo, le permitía demostrarse a sí mismo su propia capacidad en intercambio cordial con otros

hombres agujoneados por las mismas inquietudes. Estoy hablando de unos tiempos en que las resistencias se fabricaban en casa con papel secante impregnado en tinta china.

Cuando yo nacía a la radio, mucho después de todo esto, mi maestro, don Leandro, no sólo se preocupaba de corregir mis faltas de ortografía; me hablaba de los viejos tiempos, de su juventud inquieta y de esa hermosa manía de ir por el mundo fabricando las cosas más complicadas a partir de los elementos más sencillos. Mi receptor de galena era un ejemplo de construcción a partir de casi nada, incluso la piedra de galena nació un buen día en el laboratorio culinario de don Leandro, poniendo al fuego plomo y azufre. Conjurando al demonio, como él decía.

Don Leandro sigue a mi lado. A veces noto el rancio olor de sus pitillos de «cuarterón» y escucho su voz pausada:

—Así no... Las tijeras son para cortar. Usa la broca. Sin apuros. Ten calma...

—Bueno abuelo, digo pá mis adentros mientras le imagino vigilante a mis espaldas, como antes...

Eran otros tiempos. Cartillas de racionamiento, el tranvía de Porriño, la División Azul y, de merienda, pan con chocolate. A veces sin pan, avena tostada o cascarilla. Yo tenía un camarada...

Andaba jugando con los nueve años, cuando don Leandro se ocupaba de prepararme para ingresar en el Instituto de Enseñanza Media de Vigo. Don Leandro, tras la guerra «incivil», como él decía, se había quedado sin familia y lo habían desterrado en la escuela de nuestra aldea. Le gustaba que le llamáramos abuelo y, a mí, me encantaba pasar las horas en su compañía, en el enorme salón de la Torre, donde don Jesús, el cura, le había dado cobijo entre enormes vagonetas, manzanas camoesas y muebles isabelinos.

De su mano construí mi primer receptor de reacción con una A 409 y de su mano aprendí a jugar con un enorme manipulador de latón con preciosos tornillos moleteados sobre una peana de reluciente caoba. El me enseñó a usar los aparatos de medida, pero, sobre todo, me animó a resolver lo fundamental utilizando lo imprescindible.

—Esto no debe hacerse, insistía, pero ocasiones habrá en las que no dispondrás de más elementos que la lengua, las manos, un destornillador, unos auriculares y tu ingenio. Es preciso saber utilizarlos. El sistema es brutal, pero funciona.

La lengua era, por entonces, uno de los más sensibles miliamperímetros disponibles. Bastaba tocar con ella ambos polos de una pila para saber, por el grado de cosquilleo percibido, si estaba todavía útil o si su resistencia interna se había disparado hasta inutilizarla.

El destornillador, en los viejos tiempos, venía a ser algo así como un voltímetro a lo bestia o, en todo caso y más exactamente, un «apreciador de voltaje». Cualquier punto del circuito, donde fuera preciso tomar tensiones, se cortocircuitaba al chasis y, en base al estallido de la chispa, su coloración roja o naranja y a la cantidad de humo desprendido, se podía deducir fácilmente la relación voltaje/resistencia de la fuente, resistencia a quemarse, por supuesto. En circuitos de baja tensión o de alta impedancia se utilizaba el auricular. Si se percibía un «clic» era señal de que la cosa marchaba. En ocasiones marchaba tan bien que el «clic» podía dejarte sordo por algún tiempo.

El óhmetro era también elementalísimo. Consistía sencillamente en una pila, a la que se conectaba un auricular en serie. Para probar un condensador, se aplicaba a un

rabillo el extremo libre de la pila y, al otro, la punta libre del auricular. Cuando se escuchaba el consabido «clic» podían ocurrir dos cosas, o bien que el condensador estuviera en corto, o bien que estuviera flamante, en cuyo caso el sonido se debía a la corriente de carga. Para completar el diagnóstico era preciso cerrar y abrir sucesivamente el circuito. Cuando sólo respondía el silencio, el condensador estaba bien, un segundo «clic» significaba que tenía fugas o estaba en corto. A causa del drenaje normal, los condensadores electrolíticos, como característica personal e intransferible, daban un segundo «clic» más suave.

De todas formas, el método preferido para probar electrolíticos consistía en cargarlos con una fuente de alimentación y comprobar, acto seguido, la intensidad de la chispa obtenida cortocircuitándolo con el consabido destornillador. Los fabricantes americanos tenían la manía de encerrar múltiples condensadores de diversas capacidades y variados voltajes dentro de un mismo bloque con un chasis común. Averiguar el estado de cada uno representaba una ingeniosa y entretenida sucesión de cargas y chispazos. Algo así como una borrasca veraniega a domicilio, acompañada de gran aparato eléctrico. La intensidad de cada chispa daba idea, como siempre, del estado de cada condensador. Desgraciadamente, el condensador de paso de cátodo raramente sobrevivía a estas tormentas domiciliarias.

Para medir resistencia a base de «clics» no solían plantearse mayores dificultades, si bien cuando los valores alcanzaban los megóhmios la agudeza auditiva del radioaficionado solía entrar en competencia con sus dotes de adivino.

La medida de bobinas por continuidad con la pila y el auricular, a veces, ocasionaban ciertas sorpresas desagradables, especialmente cuando eran henrios lo que la bobina escondía entre sus espiras. Como quiera que el circuito en prueba estaba abierto y el campo magnético se colapsaba bruscamente, el voltaje generado podía alcanzar tal magnitud que, al sentir sus efectos en la propia piel, el peso específico del taco pronunciado era suficiente para apreciar con gran exactitud el valor de la inductancia.

La mano, como ya hemos dicho, constituía otro instrumento de prueba sumamente exacto. Tocando con el pulpejo del índice en la reja de mando de las amplificadoras de audiofrecuencia se producía un ronquido disonante que estaba en función, por una parte, de la ganancia del paso probado, y, por otra, de la capacidad e impedancia del propietario del dedo. El mismo método era aplicable a las etapas de radiofrecuencia, pero el resultado era menos brillante, a menos que se humedeciera previamente el dedo, por ejemplo, metiéndolo en la nariz.

Como todo el mundo sabe, el dorso de la mano es un instrumento bastante fiable a la hora de captar diferencias de temperatura. Gracias a esta propiedad se podía deducir, con cierta presión, si una resistencia estaba funcionando o no. Cuando las resistencias bobinadas habían perdido su capa protectora, la práctica de esta prueba proporcionaba experiencias muy movidas con quemadura y todo.

Para cerciorarse del buen funcionamiento de un emisor, lo más resolutivo consistía en acercar el dedo índice a la bobina del tanque final y, si funcionaba según las previsiones, se producía un hermosísimo arco de color violeta entre el pulpejo del dedo y la bobina, que no dejaba lugar a dudas. Por el olor a carne asada, la extensión de la quemadura y la intensidad del dolor, se deducía fácilmente el rendimiento del equipo. Ese

fue el primer vatímetro «digital» que yo conocí.

Los lápices de grafito originaban arcos muy vistosos y su longitud era considerada como una medida de potencia muy exacta. El lápiz mejoró sensiblemente la primitiva técnica del dedo, sobre todo porque no dolía y se disfrutaba de una exquisita fragancia a cedro tostado.

Bueno, esto no es todo, pero pienso que resultará suficiente para comprender que por las venas de aquellos pioneros corrían los elementos formes de la sangre en gozosa hermandad con los electrones del último experimento. Y, tengo para mí, que eran, precisamente, los electrones quienes les imprimían aquel envidiable talante y aquel irreplicable estilo.

Hoy la cosa es otra. Los radioaficionados, si tal nombre merecemos, nos hemos vuelto insufriblemente orgullosos y risiblemente pueriles. Se ha perdido la paciencia, la cordialidad y la medida de ciertas cosas. Las bandas aparecen divididas en pequeños reinos taifas y resulta arriesgado atravesar sus fronteras sin la aquiescencia del «aduanero», quien generalmente considera a un indicativo no habitual en sus feudos, como una patrullera napoleónica considera a un pesquero español. Hailos que incluso reclaman la propiedad de una frecuencia que, según dicen, vienen utilizando desde hace cuarenta años. ¡Anda ya!

A mí se me suben los colores cuando un novato no advertido aparece pidiendo un «controlito» —angelito mío— en una rueda de DX. El pobre cuenta su vida a micrófono «clavado», y no se entera de todo lo que le cae a golpe de «vox» chuffa. ¿Pppsssa... señores tíos? Pues pasa que la última noticia de DX, procedente Whisky dos Come Cocos, anunció que la «1A0... saldrá, a partir de mañana, en todas las bandas, incluidas la municipal de mi pueblo. Y, ¡hay que comprenderlo! a final de cuentas, es un nuevo país con goteras, que el pasado año se quedó QRT fulminante por cortocircuito hidráulico al hundirse el tejado. Que sí, y es que hay países a los que les llueve... Hay países, como éste, que sólo existen en la órbita mental de la constelación Pepa y de los contagiados satélites que siguen la elipse de su juego prepotente y caprichoso. No hay tiempo para controles, colega, esto es una rueda de DX. Bien es cierto que, entre tanta actitud petulante y descortés, se salvan los de siempre, los comprensivos y cordiales que recuerdan sus múltiples mededuras de pata y no sólo dan el control, si no que explican al sorprendido novato qué es una rueda de DX y qué se cuece en la olla. Curiosamente, son los más cualificados quienes se comportan de forma más paciente y generosa y es que, seguramente, tienen los pies bien metidos en el tiesto y entienden que la comunicación no es sólo un medio para conseguir «países», si no la participación en un afán común cultivando la mutua ayuda y el respeto mutuo.

Posiblemente nada de esto es consustancial con la obtención de un indicativo, seguramente es una dimensión que se desarrolla en la soledad del «cuarto de las chispas», en libertad ante uno mismo, cuando se alcanza a entender que la radio nos entreteje con la realidad de un mundo de seres humanos con toda su capacidad de esperanza de gozo y de sufrimiento, del que para bien o para mal todos formamos parte.

Hoy ya no están los tiempos para acercar el dedo al paso de salida alimentado con 3.000 voltios, buscando una transfusión de electrones, pero sí podemos esforzarnos, todos, en recuperar el tono y el estilo humano de cuantos don Leandro en la radio han sido.